MINISTERIO DE CULTURA Y PATRIMONIO

DÉBORA

Pablo Palacio

Lenín

Toda una Vida

EL GOBIERNO DE TODOS

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
Lenín Moreno Garcés
MINISTRO DE CULTURA Y PATRIMONIO
Juan Fernando Velasco
Viceministra de Cultura y Patrimonio
Ana María Armijos

Plan Nacional del Libro y la Lectura "José de la Cuadra"

Coordinación Editorial
Guillermo Morán
Revisión y corrección de estilo
María Rosa Camacho
Diseño y diagramación
José Luis Pérez

Primera Edición, 2020
© Ministerio de Cultura y Patrimonio, 2020
Av. Colón E5-34 y Juan León Mera
Quito, Ecuador
www.culturaypatrimonio.gob.ec

La reproducción parcial o total de esta publicación, en cualquier forma y por cualquier medio mecánico o electrónico, está permitida siempre y cuando sea autorizada por los editores y se cite correctamente la fuente.

DISTRIBUCIÓN GRATUITA - PROHIBIDA SU VENTA

Lenín Toda una Vida

EL GOBIERNO DE TODOS

MINISTERIO DE CULTURA Y PATRIMONIO

PABLO PALACIO

Pablo Palacio Suárez (Loja, 25 de enero de 1906-Guayaquil, 7 de enero de 1947)

A través de sus publicaciones: Un *hombre muerto a puntapiés* (1927), *Débora* (1927) y *Vida del ahorcado* (1932), Pablo Palacio se constituyó en el representante insigne de la vanguardia ecuatoriana en narrativa. Durante las décadas de auge del realismo social (entre 1930 y 1960), su obra fue olvidada por no ajustarse a los postulados del movimiento en esa época; posteriormente fue revaluada seriamente por las nuevas generaciones de lectores y escritores que encontraron en él un precursor. Hoy es considerado como uno de los autores cumbre de la narrativa latinoamericana, ha influenciado generaciones de escritores por su escritura provocadora y alucinante.

DÉBORA

Publicada en octubre de 1927, se trata de la primera novela del autor. Con una corta extensión, esta novela fue bien recibida por autores que formaban parte de las vanguardias literarias (Gonzalo Escudero, Jorge Reyes, entre otros). La publicación original contenía carátula de Latorre y ex-libris de Kanela (seudónimo de Carlos Andrade).

Teniente

has sido mi huésped durante años. Hoy te arrojo de mí para que seas la befa de los unos y la melancolía de los otros.

Muchos se encontrarán en tus ojos como se encuentran en el fondo de los espejos.

Como eres hombre, pudiste ser capataz o betunero.

¿Por qué existes? Más valiera que no hubieras sido. Nada traes, ni tienes, ni darás. Algunos

inflan el pecho y, no quieren saber que lo han inflado con el viento del vecino. Todos han inflado su pecho con el viento de sus vecinos, y después, muy serenamente, han cruzado los brazos bajo las costillas falsas, como diciendo, "¿Quiénes son esos granujas?"

Es verdad que eres inútil. Pero te sostiene la misma razón que a Juan Pérez y Luis Flores. He puesto frente a frente.

El vacío de la vulgaridad

y

La tragedia de la genialidad

Y veo que te conviene más lo primero. Siendo ridículo, corresponde a tus valores el signo matemático − (ridículo), en contraposición

al enorme + que ahogará a los martirizados por aquella tragedia.

A los geniales les atraganta el momento genial como el bolo a los atragantados.

Es por esto que eres un vulgar. Uno de esos pocos maniquíes de hombre hechos a base de papel y letras de molde, que no tienen ideas, que no van sino como una sombra por la vida: eres teniente y nada más.

Creyeron que esos maniquíes, viviendo por sí debían recibir una savia externa, robada a la vida de los otros, y que estaba sobre todo en la copia de A o B, carnales y conocidos. Tanto que Edgardo, héroe de novela, alma en pena, olisquea las maderas olorosas de los tocadores, llama a la alcoba de las doncellas e infla el velamen del deseo entre las sábanas de lino. Edgardo, héroe de novela, martirizado por la perpetuidad de las evocaciones, alguna vez amanecerá colgado a la ventana del gregarismo, finalizado por la escala

de seda del desprecio. Sólo quedará el fantoche inventado, huyendo cada vez más, sediento de la revelación.

Pero el libro debe ser ordenado como un texto de sociología y crecer y evolucionar. Se ha de tender las redes de la emoción partiendo de un punto. Este punto, intimidad nuestra, pedazo de alma tendido a secar, lo enfoco hacia los otros, para que sea desencuadernado en un descanso dominical, o desdeñosamente ruede sobre una mesa descompuesta o en el atiborramiento de la mesilla de noche.

¿Y cómo te dejo, Teniente? Ya arrancado de mí volitivamente, tengo prisa por la pérdida. Ante una amenaza definitiva e indispensable, surge la espera de la amenaza, y es tan fuerte como la espera de la novia.

Quiero verte salido de mí. Sin la ilusión visual de la niñez, no pasarás la mano ante tus ojos, creyendo encontrar a diez centímetros de la pupila todo el mundo real atemorizador.

Ir, cogidos de los brazos, atento al desarrollo de lo casual. Hacer el ridículo, lo profundamente ridículo que hace sonreír al dómine, y que congestionado dirá, "¿Pero qué es esto? Este hombre está loco".

-Ve —alargando mi brazo y con el indicador estirado.

Y mientras ves, alejarme de puntillas, haciendo genuflexiones, horizontalizando los brazos para guardar el equilibrio…

Solo.

- Buenos días, mi capitán.

- Buenos días, teniente.

Y las manos a las viseras, en forma perpendicular.

(Estoy bajo la acción de toxinas tricocefálicas).

Bien rectos, las corvas arqueadas, el pecho alto: recuerdos de estampas prusianas.

Fuertes los golpes de los tacones sobre las piedras y largos los pasos, piensan en la probable potencia de un puñetazo bien sentado. Cómo se siente el influjo psíquico de las puntas afiladas y repiqueteantes. Puede ponerse: el peligroso apoyo moral de las armas acentúa en forma magnífica el vigor de los muslos. Esta receta sería insuperable para los que buscan mujeres gordas.

Teniente, has hecho de tu alma una hornacina para la faz grave de la madre.

Y debiendo partirse de ti, zarpan del estático momento interior las carabelas del recuerdo.

Tiempos de escuela:

Bajo la vigilancia oblicua de los frailes, rangos apiñados de niños en espera del momento de salida. La "chasca" —cuya persistencia en el cerebro impresionable evocará más tarde el grito de "¡Alto!" en la Academia—, la chasca del Maestro

mandaba al silencio. Y al estallar la risa fugitiva de algún chico, el lego director —recién bebido de sulfato de sodio—:

"¡Pasa tú! ¡Pasa tú!"

A recibir el castigo de la "pared".

Todo aquello brumoso; sólo fijo las piernas blancas y redondeadas del escolar castigado, ¿Por qué esta reminiscencia aislada e inútil? Al escolar, el Teniente tiene que ponerle una cara semiavejentada, vista después, porque la primera se le quedó olvidada en algún rincón del cráneo. Lo que no olvidó, las piernas (¿pero por qué las piernas?), asusta al Teniente como un chispazo inesperado del Catecismo, "¿Cuál es la señal de Cristiano? — La señal del Cristiano es la Santa Cruz".

Y en ese mismo rango, otro momento de los tiempos pasados.

Por algo, que ya no sabrá nunca, recibe en el vientre un golpe que le hace estirar la cara y le deja "seco", término preciso de la infancia. El Teniente

responde con otro golpe, que deja también "seco" a su enemigo. Me figuro las fachas pálidas de los granujas y sus esfuerzos por alcanzar la serenidad, en guarda de quedarse "en la pared". Ahora, atropelladamente se la busca, en guarda de quedar "de granujas".

"En el lugar común de una velada familiar, sobre los ladrillos de la sala, frotaba los pedacitos de clavos que se arranca de las herraduras. Mi abuelo, que heredó la herrería de su hijo muerto, me había dicho que para hacer brillar aquellos fierros herrumbrados era necesario frotarlos en los ladrillos. Ante mi empeño, bajo el sofá largo, me miraba el fantasma. Un fantasma acurrucado, floreado al rojo, que fue luego perseguido con largas varas de duda por las tías. Grité y me emocioné —la emoción es ahora para mí METRO GOLDWIN PICTURES, porque no he logrado observar otra emoción, y se parece a un insistente columpio de pecho—. Todavía existe para mí ese fantasma, que me mira desde adentro, donde lo llevo".

"Después fue en el dormitorio, cuando aún no se encendían las luces y ya hacían falta. Sería porque me ordenaban acostarme temprano o porque estaba enfermo. La cama se había posesionado de mí: se repetía tanto esta posesión que ahora la odio, con el horror al vacío. La hermana de mi madre, manchón desdibujado, salió llevándose, al trasponer la puerta, un poco de luz. Fue de nuevo en el cuarto y sin estar enferma la vi como un báculo. Larga y arqueada, oprimiéndose el vientre, apaciguando algún dolor. Cuando hablé en voz baja tuve miedo. Cuando hablé en voz alta me contestó de afuera.

Hoy he compuesto una canción:

Salió mi tía

Entró mi tía..

Y ella, alta mancha oscura, agranda, casi sobre mis pupilas, el triángulo amargado de la boca.

Toda esa vaciedad golpea la frente del hombre.

¿Quién me dice que toda esta bruma, como manos, no hizo la cara que tiene hoy?

Las piernas redondeadas le alargarían la nariz olfateante; el golpe en el vientre le robaría los músculos; el fantasma le alborotaría el pelo; la tía que entró y no entró le dejaría un hueco en el espíritu.

Lo que perturbará el libro con una honda sensación de deseo. Lo desequilibrará con lo indefinido que nos obsesiona algún día; que no podemos llenar; que desasosiega el ánimo; que hace pensar en correr a gatas o en beber aguardiente.

Como todos colman el recuerdo con alguna dulzura, es preciso entrar en las suposiciones, buscando el artificio, y dar al Teniente lo que no tuvo, la prima de las novelas y también de la vida,

que trae fresco olor de membrillo. Pero la historia no estará aquí: se la ha de buscar en el índice de alguna novela romántica y así tendremos que unas manos blancas acariciaron unos cabellos rubios y que el propietario de estos cabellos sentía crecer la malicia desde el cuero cabelludo, malicia soñolienta. Este supuesto recuerdo que debe estar en los arcones de cada hombre, hace suspirar al Teniente.

Nada nuevo trae, y siendo como todos es el perpetuo imitador social que suspira porque suspiraron los otros: tiene una prima porque los otros la tuvieron. El medio le tiende la acechanza de la igualdad; se le manda rasurarse la barba y definir al Estado: conjunto social que…

"Caramba, no tengo ni medio suelto y están sucios los zapatos".

Se busca en todos los bolsillos. Sabe que no tiene medio suelto, pero se busca en todos los bolsillos.

"Esa orilla blanca de las enaguas —pasa una mujer—, quiere decir que va buscando novio".

Pero, ¿por qué piensa estas cosas? Y claro que las piensa en otra forma, mucho más tonta y vacía. En una forma indefinida como el color de un traje viejo. No: mejor como el del que está por hacerse, ya que el pensamiento no ha sido vertido, de manera que es algo, potencial y no actualmente.

"¿De quién será esta casa?"

Ruego una meditación acerca de la inestabilidad mental.

Todo hombre de Estado, denme el más grave, se sorprende cotidianamente con esto.

"Ya es tarde y no he ido una sola vez al water".

Esta mezcla profana del higiénico mueble que únicamente tiene nombre inglés y los altos negocios, es el secreto de la complicación de la vida. Por esto el orden está fuera de la realidad, visiblemente comprendido dentro de los límites del artificio.

Así los filósofos, e historiadores, y literatos, cuya labor festoneada, en numerosos semicírculos, trabajan en su línea recta, a base de los vértices de esos semicírculos que se cortan, trazan el arco inútil de la vida fuera de su obra y aíslan cada punto aprovechable que después formará, en unión de los demás; el rosario que tiene por alma el hilo del sentido común.

Se populariza el animal de las abstracciones.

Dado un boticario, verbigracia, se le hace vender drogas y presidir las reuniones cuchicheantes del pueblo; sólo esto. Nos olvidamos que le tortura el "ojo de pollo" metido entre los dedos de los pies, y el mal olor de las "arcas" del chico, y el peso exacto de las cebollas compradas por la señora.

Este mismo boticario, al verse los dedos después de una satisfacción orgánica, alguna vez tiene el gesto de aquel a quien hizo traición la consistencia del papel usado; pero piensa, para su

descargo, que pudieron verse en el mismo caso Napoleón Bonaparte y San Bartolomé.

Para evitar estas dolorosas claridades se festoneó la obra en la forma antedicha.

Así, el Teniente, sufrió una fuga imaginativa después del lago sugerido por aquella pregunta, y viendo las ventanas de esa casa, de donde intempestivamente podía salir una mujer, recordaba que era un cobarde ya que un mes antes se llenó su habitación de voces alborotadas que le sacudieron el sueño y habiendo salido encontró que la de enfrente se retorcía, echaba espumarajos y sonaba los dientes como cuando se refriega huesos. Era gorda; debido a los pataleos levantaba los vestidos y se le veía las piernas. Dos mujeres la contenían fuerte, procurando abrirle las manos apretadas. Los que estuvieron con ella se habían ido. Entonces el Teniente se puso pálido y las mujeres dejaron la atención en mantener a la convulsionada dentro de los límites de la moralidad.

Había también una vieja en busca de éter por los rincones y una chica que abría los ojos. Esta vieja y la mujer fea exhalaron sus cuerpos tras un médico. La otra se sintió sola; pero él estuvo trágicamente mudo, aunque la viera a los ojos y ella bajara la cabeza, cómplice en el motivo del mal de su amiga, sorprendida con las manos en el divertimiento dudoso.

Lo demás nada importa. Claro que tampoco el hecho; sólo lo que queda en el espíritu del Teniente, amargado por el examen de su situación ante la que pudo establecer con él un lazo afectivo, inevitable por el especial acercamiento que nace cuando dos personas se encuentran en cualquier estado íntimo.

La afección emanara: de su personalidad —se levantaba alrededor de ella un insistente rumor amable—; de haberse dirigido en otras ocasiones miradas prolongadas; de las mismas circunstancias ya referidas, predisponentes: un

hombre entra de improviso en la vida íntima de las amigas que se encuentran solas, después de haberse divertido con otros hombres, y que solicitan la ayuda de aquél, dándole una parte de familiaridad y aceptación.

Además ella franqueaba su ingenuidad. "Fíjese en lo que SON de cobardes. Como ÉL ya la conoce y vio que iban a venirla los ataques se fue en busca del doctor y no regresa".

El SON puede estar sujeto a consideraciones. ¿Excluía al Teniente del denominador común de cobardes? ¿O, este SON, aplicable al género hombres, le colocaba en un sitio especial, íntimo o dudoso, así como entre laicos se habla de los frailes o entre zapateros y sastres de los prestamistas: "son santos" "son buenos, "son unos canallas"?

El Teniente lo meditaba, concentrándose, y luego tenía que contraerse al caso, con toda su condolencia; inquiría y aseguraba: "Parece que ha bebido un poco. Esto hay que evitar. Debe haberle

excitado el sistema nervioso. Seguramente le ha sucedido lo mismo otras veces".

Añadía más vaciedades, y, dueño perfecto del análisis mas no de la agradable conveniencia, se apenaba de su frustránea cortesanía, contra lo que luchaba sin posible triunfo. Tal vez sea más cercano para el lector el caso igual del borracho que, comprendiendo que obra mal, no logra obrar bien por más que hace.

No dijo nada a aquella mujer. Después la había encontrado muchas veces por la calle y el remordimiento le corroía, porque todos la encontraban buena.

No sabía hacer aprovechable una circunstancia llena de facilidades.

Desde poco antes estaba empleada en correos. Seguramente, complicaciones con el Ministerio. Toda una lección de amor en ese empleo. Se contentaría en adelante con ir a la ventanilla de correos y ser atendida antes que otros, sin la

molestia de dar el nombre. La correspondencia vendría acompañada de una sonrisa socarrona.

Y en tratándose de esto, los ejemplos de mujeres que pasan, haciendo ruido como en un batallón.

La intimidad está apaciblemente llena del anhelo de la mujer. Con ellas, viene el "¿para qué?", o la indiferencia, o el descuido, o el considerarlas, a pesar de que haya llegado el momento propicio, lejanas aun dentro de su proximidad.

Entonces hay que recurrir a la EMPTIO-VENDITIO que desmorona la vida insensiblemente.

Esta es la lección del amor.

Aquel anhelo insatisfecho hizo nacer la idea de que de una de las ventanas de esa casa, de dueño ignorado, podía surgir una mujer. Mujer de domingo diversa de las otras, que parece que tuviera la cara lavada en el descanso especial del domingo.

Surge la vertiente imaginativa, a base del supuesto ridículo. —Esto como cualquiera otra cosa—.

"Si saliera la mujer que espero…"

Me sonríe. ¡Oh, esto va muy bien! La mano a la visera. El golpe cardíaco que es el telón que se levanta ante la alegría. Y he de acercarme para hablarla. ¿Pero qué es lo que le digo…?

- Buenos días... Es usted muy linda... ¿Me perdona el atrevimiento de que le diga estas cosas sin ser su amigo?

- ¿¡Por qué va a ser atrevimiento!? Estoy encantada, Teniente.

- Usted es muy amable... ¿Ha visto usted qué linda está la mañana?

- ¿Cómo? ¿Qué dice?

- Que está muy linda la mañana.

- ¡Ah! Sí, muy linda... ¿Pero, por qué no entra? Entre un momento, Teniente.

- Usted es muy amable.

- Entre…

- Oh, ¡esto va muy bien!

Y como parece que los viejos han salido, nos sentamos cómodamente. Esta vida es almibarada. La beso y me besa. Sus dientes son pequeñas tazas de té y estoy encantado de pasar mi lengua por el ese malte nuevo. Como le arden las mejillas suavizo mi epidermis en este nuevo hornillo del amor. Se han abierto los claros postigos de sus ojos y le veo el alma asustadiza. ¡Postigos abiertos para mí! (La tendré todas las tardes y mientras fume me acariciará las manos. Será magnífico estar con ella cuando llueva. Si leo, me pasará los dedos por el cabello ¡La tibia malicia que arranca desde el cuero cabelludo! Es la voluptuosidad que nace del final afilado de los dedos).

Micaela o Rosa Ana.

La vida que se alarga así une las disgregadas partículas del espíritu y distiende los músculos como un descanso bajo la sombra. En el campo

es bueno acogerse a la protección de los naranjos. Micaela o Rosa Ana. Mujer de domingo que espero. He de hundir las manos en tu cariño como entre los pliegues de las mantas de lana. Como estoy cansado de la vida inútil, prefiero la picardía de tus ojos. El placer que acelera el impulso cardíaco desinfectará mis pulmones y limpiará mis venas del barro de esta vida nueva.

Así nos acurrucamos y calmo esta secreta sed.

Pero, llega el marido... No; no estará bien que sea casada... aunque tampoco estaría mal. O llegan los padres ¿Quiénes son los padres? ¡Fuera! Siga este sueño dominical y romántico que también, como la realidad, apaga mi sed. Le compro ricos pendientes para excitar su alegría cinemática. Y el círculo pequeñito, que es casi un punto dulce, de su boca, se aproxima a mis carrillos flacos. Me tiende para estrecharme el muelle templado de sus brazos; se me escurre, rozando sus

senos sobre mi pecho, tanto que aviva y exalta esta pasión escondida.

Bueno, todo esto lo he visto en la pantalla; precisamente porque lo he visto, traza esta parábola desde el punto invisible del recuerdo.

He visto también la imprescindible complicación amorosa de un tercero; pero no estando mi espíritu apto para la intriga, me imagino este principio de amor un final de film que prolongará en los buenos espíritus la idea de la felicidad. Entonces estaré seguro de mi sonrisa representativa de bienestar y de haber promovido en los demás una igual sonrisa, si ellos no son avejentados y escépticos.

Dulcemente me deslizo a lo largo de estas paralelas infinitas…

Y había andado el Teniente más de dos cuadras cuando el golpe del presentimiento llevo sus miradas a la tierra, a poca distancia de sus pies:

Un pequeño papel, sucio, arrugado, como acurrucado en el pavimento.

Más rápido que un profesor de gimnasia sueca, "nuestro Teniente" cogió ese papel, reteniéndolo en la mano apretada.

Después siguió andando, disimulado, interrogando con los ojos si hubo alguien que poseyera su pequeño secreto. Disimulado "como quien no hace nada". No estaba bajo el dominio de su yo el que le diera un fuerte golpe el corazón, de manera que, robándole primero la sangre de la cara, devolviéndosela luego en violenta afluencia, apresurara el ritmo en extraña para los demás y conocida para él taquicardia emotiva. Perdía el control de este caprichoso órgano, cuyo sentido espiritual perdió terreno con el avance del tiempo: cincuenta años antes presidió las actitudes amorosas o los altos grados anímicos de emoción; ahora, hondamente incomprendido, se anima ante bajos cambios de la normalidad. Una vulgar y real alegría que desequilibra todo el sistema circulatorio, por la sola pequeñez de encontrarse un sucre —papel

entre el polvoriento empedrado de la calle. Aquel pequeño conglomerado azul era una simple deyección bancaria, representante del valor de una serie de necesidades a satisfacer por cien centavos.

Nuestro Teniente se había puesto pálido y rojo como ante una mujer. Porque eso representaba en él un triunfo incalculable; el triunfo del que tuvo los zapatos sucios y el bolsillo vacío.
Entonces, con una lógica de texto, los números ocuparon modestamente su espíritu.

Así:

Para betunar los zapatos…….... 0,10
Para ir al cinema…….... 0,60
Para tabacos……..... 0,30
Suman……....…….. S/. 1,00

La sencilla plana de contabilidad formada con exactitud numérica, impresionaba su cerebro en perspectivas, y aunque no se daba exacta cuenta

de esto podía ver en primer término los números bien grabados y gordos; en segundo término las letras, el motivo.

La virtud de las operaciones fue desplazar el sueño sentimental; puedo ahora comparar a éste con un poco de agua en un recipiente, aquellas con un cuerpo denso que se hunde y desborda la sentimentalidad.

Y la pesantez obraba tan insistentemente en el infinito fondo imaginativo que la "loca de la casa" dio un salto leonino.

Puede naturalmente el hallazgo de un sucre —que en este caso había aparecido como pisando los talones de una divagación amable—, levantar la ambición metálica de un hombre.

El incondicional inevitable:

Así como "Si saliera la mujer..." la loca de la casa puso "Si tuviera un millón de sucres".
Lo que bastó para que el gato familiar desoville la madeja inagotable.

"Un millón de sucres, bien administrado, es suficiente para hacer llevadera la vida de un hombre. Denme un millón de sucres y suprimo los suspiros. No morirían las amadas. No cantaría el surtidor la monótona canción del agua".

Vamos a ver: un millón, al uno por ciento mensual da un interés de diez mil. Con diez mil sucres tengo para montar una casa regia, llena de... Habría mucho humo y los amigos beberían vinos centenarios. Puedo coleccionar todo lo que se ha escrito sobre la Revolución Francesa.

Bueno, en París, a cinco francos el sucre son cincuenta mil francos. Con cincuenta mil francos... creo que más o menos puede tenerse para lo mismo.

Una balumba de hombres melenudos.

Oh, sí, en todo caso sería mejor... "Les pesa los vestidos y no saben el momento de alivianarse...". Se lo habían referido y el recuerdo apareció en ese instante.

Será muy cómodo eso de estar alegres, sobre almohadones y al amparo de una temperatura dulce; muchísimo más si afuera hay frío porque la idea egoísta nos da mayor bienestar aparente.

Entonces se ahogaba en una infinidad de divagaciones, abandonándose, como todos nos abandonamos, a las consecuencias del sueño millonario.

Y la primacía del sueño sobre sus actos le inutilizaba, le debilitaba como un baño caliente. Todo el tiempo estamos pensando en el halago de la riqueza, pero como somos hombres sin energías, descansamos mucho en ese halago, y las necesidades aprietan.

La lotería es lo fácil.

Pero el arco de la vida se herrumbra en el descanso; cuando un momento desesperado levante nuestra voluntad vigorosa para templar ese arco la fuerza de cohesión no será suficiente a contener el estallido. Día lleno de bostezos,

molécula disociada. Debemos acomodar nuestro espíritu para la recepción de los tonificantes: Orison Sweet Mardeny el ceñudo Atkinson.

La novela se derrite en la pereza y quisiera fustigarla para que salte, grite, de corcoveos, llene de actividad los cuerpos fláccidos; mas con esto me pondría a literaturizar. Estas páginas desfilan como hombres encorvados que han fumado opio: lento, lento, hasta que haga una nube en los ojos de los curiosos; galope desarticulado por el "ralentive" en las revistas de caballería de Saumur.

Nuestro Teniente quisiera tener, en la realidad, un caballo así, que al dar el salto descomponga sus movimientos en tiempos invariables y desmayados. Sería lo más cómico y distinguido del mundo. Además una manera segura de conquistar la celebridad. Se le conocería en el último rincón y las amigas podrían decirle:

"Ay, qué precioso es su caballo; cada vez que lo vemos nos acordamos de usted" y otras cosas apropiadas.

Pero lo que actualmente necesitaba no era un millón de sucres ni la imagen que tenía de los caballos de Saumur, sino dos mesas más o menos bien y unas cuatro sillas para poner el cuarto con decencia. Si pensara en elegancias sería en comprar una pantalla azul para la luz y unas alfombras "mullidas", colmo del ideal novelesco.

Es preciso suponer que no tuviera hogar y viviera a la barata y al zaguán.

Y la satisfacción de esas necesidades implicaba un desequilibrio presupuestario en el hombre muerto e inactivo, eterno parásito avolitivo. Por lo que la vida le hincaba las garras en el pecho y presionaba sobre él de manera a perfeccionar la fórmula "dejar hacer", causa de la ruina individual.

Al través de la vida mental bullente, desordenada, paradójica, se estiraba el barrio de

cuyo nervio céntrico, calle estrecha, había desarrollado con sus pequeños accidentes diversas disposiciones emotivas. De puntillas sobre la ciudad, su plano sería un cuero tendido a secar. San Marcos: una larga prolongación sobre una inflada rugosidad del suelo. Lo más curioso es su campanario, bajo un tejadillo de zinc, adosado al muro de la iglesia vieja.

Desde el final de la calle se puede ver parte de la urbe:

San Juan

La Chilena San Blas

en idéntica disposición.

Naturalmente, no falta en San Marcos el respectivo cuadro mural. Nadie sabe por qué en este cuadro mural incrustaron un pequeño espejo: se le

puede creer un ojo que mira o una claraboya que nos trae la mañana del otro lado. Un santo, como siempre. En esta ciudad las murallas son devotas: no puede evitarse el encontrón de un símbolo. Ejemplos:

La Cruz Verde
La esquina de las Almas
" " " la Virgen
Virgen de la Loma Chica
El señor de la Pasión
(sentado a la puerta del Carmen Bajo
para que le besen los pies)
y otros muchos que se me olvidan.

Oh, esto sería muy alegre para la novela en que hubiese luna de miel o, después de una gran tragedia, dulce y pacífico capítulo:

La ciudad vista de San Marcos había sacado a lucir sus casas blancas. Especialmente en

San Juan había fiesta. La luz de las nueve era una lente que echaba las casas encima de los ojos. Precisamente, como en esos paisajes nuevos: los colores claros que aproximan el objeto, voluminoso, que tienta a la presión de las manos. Y como este último barrio subía por la loma, la ascensión le daba más carácter de suspensibilidad: objetos colgados en las grúas de los puertos.

Aquí las novelas traen meditaciones largas: por ejemplo —y sin duda más apropiado— el considerar aquellas veinte mil alegrías mañaneras cobijadas bajo los techos rojos. Chicos y madres jóvenes; abuelos rosados; pan fresco en el desayuno; alguna que otra caricia para hacer más amable el tiempo; tranquilos bostezos de descanso a la cola del trabajo semanal.

Si hubo anterior emoción erótica: turbulenta suposición de la infinidad de orgasmos que se perpetrarían, más feroces si menos impunes. Aquí el ambiente es cálido y lógica la visión de muchos ojos desmayados por el bregar de la noche.

Pero si acaeció el zarpazo de la economía se tendrá la colérica imagen de hombres escuálidos de hambre, de caras amargadas por el egoísmo, celos y rabia; se oirá el gutural ruido: "¡pan! ¡pan!"

El Teniente, olvidado de la novela hasta parecer insensible, es una tabla rasa en la que nada escribió la emoción. Se sentía algo satisfecho, nada más. Y gozaba de la frescura. Recordó: "La mañana era tan clara que daban ganas de correr, saltar y aun de sentirse feliz. Abrió la ventana y el aire le produjo un alivio. Respiró a plenos pulmones... Etc.". Y respiró a plenos pulmones, debido a esta sugestión del recuerdo. También él. Claro, se nos clava la vieja frase del libro y el aire nos produce un beneficio hasta literario. Sucede que muchas veces nos emocionamos porque llega el caso de atender a la emoción adquirida en una página y que la tenemos guardada hasta que circunstancias análogas la revelen como si fuera muy nuestra.

Respiró a plenos pulmones y guardó las manos en los bolsillos del pantalón. Guardó las manos... esto tiene entonación de prestamista, pero fue así. Hay que ponerlo porque nos da el carácter hombre.

Una idea súbita: un militar no debe llevar las manos en los bolsillos. Sacó las manos de los bolsillos.

Abundancia naturalista: se hurgó las narices con el dedo meñique. Es un detalle nimio; pero lo primero es la observación.

Dio media vuelta y desanduvo la calle.

- Hola, Teniente B.

Casualmente, he aquí el tipo que puede hacer una narración.

"Traído del cabello", pero hemos de confesar que no existe un hombre que no haya sido traído del cabello.

El Teniente B es un amigo de nuestro Teniente. Se dieron las manos

- ¿Qué tal?

- ¿Qué tal?

- ¿Qué es de esa vida?

- Bien, ¿y tú?

Etc.

- Oye lo que me pasa.

- ¿?

Tenía los ojos del buen tiempo.

- Ayer estuve con ella.

- ¿Sí? Cuenta.

He de poner a los lectores al corriente de lo anterior. Ella —perdón por el desconocimiento de la facultad penetrativa— era una mujer que mantenía con el Teniente B asuntos amorosos. Una comprensión visual. Empezó con el tiempo, porque el amor es eterno. Saludaban y sonreían. Ella se casó con un abogado de color. Buen negocio. Un cualquiera, una cualquiera; pero él era jurisconsulto. Por supuesto, se da como sentado la belleza de ella. Magnífico óvalo, color admirable; ojos negros y movediza picardía.

Este es, refaccionado por "la literatura"; el relato del Teniente B:

El día de ayer lo pasé de mal humor hasta las cuatro de la tarde (interesantísimo). A esa hora me dijeron: "Hoy no estará el doctor en casa, dijo que lo esperaba". Imagínate. Me quedé tieso y di una magnífica propina. Después volví a oír, para adentro: "Hoy no estará el doctor en casa; dijo que lo esperaba", y me puse pálido. Me temblaban las piernas. Era la primera vez que recibía una comunicación amorosa de Ella. Cuando los enamorados reciben una esquela, ¿por qué, Teniente B?) la leen una y otra vez; yo oía insistentemente la invitación. Esta prolongaba mi receptabilidad auditiva como un buen manjar prolonga su sabor agradable en los órganos del gusto. (Nótese bien que estas cosas nunca las dijo el Teniente B; son un revoco literario, las especias de la mala comida). Tal vez había para dudar un poco; pero conocía muy bien al recadero y me puse la

gorra. Las noticias nos ponen más alegres cuando son verbales (otra generalización, se acentúa nuestro modesto sistema novelesco); será porque se establece una especie de complicidad entre la persona que nos las trae y nosotros. La insensibilidad del papel contribuye a disminuir el placer que debimos sentir, o el dolor en su caso. Esta me parece que es la razón por qué las noticias trágicas se acostumbra darlas mediante esquelas y las alegres, por el contrario, de viva voz. (¡Páginas inmortales!). "Era tanto mayor mi placer cuanto que días antes la había considerado perdida para mí; su matrimonio era un abismo". Se "apoderaba" de mí aquella forma de alegría que nos hace livianos y nos invita a dar limosnas generosas a los pobres. Pensando en cosas buenas el camino se me hizo corto y cuando menos lo creí estuve en su casa. Me esperaba con los brazos abiertos. Figúrate la locura que sería. Nos abrazábamos y besábamos como desesperados. Me daban miedo sus ojos

encendidos. Después entramos en un saloncito y nos quedamos allí hablando cerca de dos horas, muy delicadamente, acordándonos de todo lo que había pasado entre nosotros antes de ahora; y diciéndonos todo lo que nunca nos habíamos dicho. Pobre muchacha, ¡caramba! Es muy buena y tiene los brazos muy blancos. Francamente me daba pena su situación; debe pasar con el marido una vida de demonios. Si hubieras visto su alegría por estar unos momentos conmigo. Pero no acabo todavía; aquí viene lo trágico: estábamos como te cuento cuando oímos unos golpes a la puerta. Nos miramos las caras: éramos unos cadáveres.

- ¡Él!

- ¡Él!

Y me paré de un salto.

- ¿Qué hago?

- ¿Qué hacemos?

- Dios mío…

- Escóndete.

Y salió muy alegre.

Yo fui un reptil bajo el sofá.

Claro, no tenía miedo; pero por ella, por ella.

Después oí voces: hablaba el hermano de él. Oh, me tengo muy conocidas todas las voces. Un largo silencio afuera, mientras aquí dentro, en el pecho, había una bulla endemoniada.

Vinieron unos pasos menuditos y me pareció ver a la hermana de él, con zapatos de tacones bajos, que buscaba algo. Se me extravió el pensamiento.

- Hola, hola —dijo, encontrándome.

Se atravesó mi corazón en la garganta.

Saqué la cabeza. ¡Era ella! Transformada, pues se había puesto de casa, para demostrarme intimidad.

- Ya lo mandé, no te asustes.

Figúrate, hombre, figúrate. Lo del principio. Estábamos que nos comíamos.

Claro que tuve que salir a las ocho porque no fue posible que me quedara. "¡La tarde que he pasado!"

Se refregaba las manos y movía los ojos hasta sacarles chispas. Tenía adentro una cuba de alegría como una cuba de vino.

Pero a nuestro Teniente estas narraciones le picaban el egoísmo. Era capaz de moverles los omóplatos como a las molestias de la espalda y hacerles el gesto unilateral que acerca una comisura de la boca a la ternilla correspondiente.

En especial porque el Teniente B era un maniático de la primera persona del singular; a cada momento se le sorprendía: yo soy, yo estaba, yo era, etc., etc., y como al nuestro tampoco le disgustaba la fórmula, no había tiempo para que se entendieran. Entonces: tan amigos, no; a cada uno le instigaba un punto de diversión que quedaba guardado sin decirlo y que, existiendo, no molestaba tanto que pudiera aparecer, por el

resarcimiento que proporciona la vecindad de alguien que nos diga algo. Además algunos puntos de contacto, igual número de estrellas e igual vestido, les aproximaban.

Con la carga del amigo al lado —es una carga porque cuando nos encontramos con otro es necesario pensar en las cosas de él a más de las nuestras— siguió ocupando su desocupación. Andar por llenar el tiempo, por esperar que sean las doce (en los demás casos se pondrá otro número), hora capitalísima en la vida de un hombre que no tiene qué hacer, hora del almuerzo; tras la cual se luchará por llenar el tiempo en espera de las siete. El hombre común gira en torno de estas dos horas y todos sus negocios y operaciones están en referencia con ellas; así nunca dice "a las dos" o "a las nueve", sino "después del almuerzo" o "antes del almuerzo"," después de la comida","antes de la comida". (El tiempo, para nosotros, ha comido una sola vez; el año I de la E. C.).

Aunque también el amigo nos distrae y es causa de una fuga concentrativa; perdemos el hilo de lo que obstinadamente teníamos en el cerebro, importante o estúpido, pero obsesionante…

Bien: los dos Tenientes hacían tiempo.

Y como dentro de los accidentes de la vagancia puede presentarse cualquier rincón, apareció

La Ronda

el barrio clásico de los gimoteos.

Cuando se escribe "La Ronda" todos se imaginan una capa española y hasta se ha llegado a pensar en serenatas con guitarras y en palabras hediondas de borrachos. El ojo del puente mira la calle estrecha. Hay un definitivo sentimiento de lo anacrónico ante la amenaza de un hombre moderno, que pasará haciéndose de lado para que la intimidad de las casas no manche su vestido o lo deje emparedado entre pinturas de esclavos. Ahora el barrio se muere; se viene encima "El Relle-

no" que modernizará la ciudad, porque algunos se han cansado de las calles antiguas. Y reaccionando contra "El Relleno" se han alineado los gemebundos y los neo-gemebundos. Todos están un poco ridículos.

Los gemebundos son los legítimamente heridos. Viejos, fieles a lo viejo. Echan una lágrima gorda, y, como niños, se refriegan los ojos con el puño, protestando desconcertadamente contra las manos criminales y profanas que nos roban lo característico de la ciudad. Están sinceramente boquiabiertos ante las deyecciones de los otros siglos. Sin embargo El Relleno se viene encima.

Los neo-gemebundos son los revolucionarios, del lápiz o de la pluma. Han hecho malabares con las palabras o han torcido las líneas, pero sobre la base de los recuerdos. Estas calles que son como recuerdos les han desequilibrado el espíritu. Hacen cosas nuevas del motivo viejo, y así están atados a la tradición, manoteando en

el aire. Parece que tentaran un desprendimiento y sus lágrimas son gotas de sudor, arrancadas por el esfuerzo. No comprenden exactamente el disfraz. Pero desdeñan a los gemebundos y les enseñan los dientes. Estos también enseñan los dientes a los neo-gemebundos. Oh, qué gloria, todos se enseñan los dientes.

Francamente, no comprendo su emoción.

Habría que averiguar si el suburbio tiene una belleza intrínseca o si la serie ininterrumpida de exclamaciones románticas encaminó nuestro espíritu a creer que la tiene. Tanto se ha dicho lo mismo que el primer hombre que se asoma a la esquina —siempre está provisto de "la suficiente dote de cultura"— puede y debe admirarse:

- Oh, esto es una maravilla.

Escondidos tras los postigos de las puertas hay una infinidad de epígonos que, a su declaración, saldrán a batir palmas. Nuestros zaguanes, aparentemente desiertos, están poblados de hongos.

En verdad, puede ser muy pintoresco el que una calle sea torcida y estrecha hasta no dar paso a un ómnibus; puede ser encantadora por su olor a orinas; puede dar la ilusión de que transitará, de un momento a otro, la ronda de trasnochados. Pero está más nuevo el asfalto y grita allí la fuerza de miles de hombres que han bregado por el pan en nuestros días. Y como canta allí, dinámicamente la canción del progreso; como hay un torbellino de vida, debemos sentirnos mejor en nuestra carrera tras el tranvía que oyendo el eco de las pisadas en el tubo de la calle.

Los neo-gemebundos creen en su liberación sin ver que son esclavos del pasado. Somos y no somos porque es muy cómodo el descanso sobre lo que se hizo conquista; así se paga lo que nos dieron y despoblamos el presente. ¡Siempre cara atrás!

- Oh, esto es una maravilla.

Lo malo está en que nuestra admiración es improductiva y en que si nos dedicamos a revocar lo que se cae, a hacer la limpieza de lo que construyeron, seremos ridículos ante nuestros hijos.

Y dirán de nosotros

"Los escuderos de nuestros abuelos"

O:

"Los maestros remendones".

Muchos sabios ventrudos de este tiempo trabajan con ahínco, "como negros", por conquistarse el glorioso título de maestros remendones.

Los Tenientes taconeaban por La Ronda. De la belleza de La Ronda no había para qué preocuparse.

Todo lo más, de estar atentos a una probable sonrisa acogedora que podía iluminar una ventana.

Y si les visitó la manía recordativa como a todos los héroes novelescos, despertar la movida aventura occidental durante el tiempo de la caza de hombres en las comisiones militares. Como

aquellas de la costa, en que, cuando los criminales alineados a bordo habían perdido el alcance de la playa, a las primeras claridades, después de atarles hierros a los pies, Maestro Luces gritaba a voz en cuello:

- Aclarar la boza.

Y un marinero tras un hombre esperaban el disparo de la campana, a cuyo aviso un solo golpe resonaba en el mar; el mismo que, las primeras veces, quedaba resonando largo tiempo en el espíritu con la visión tormentosa de los ahogados. Por lo menos, en esta historia del mar queda alguna sensación transparente: "Maestro Luces", el hombre que daba la voz, por su denominación en el barco. Pero se ve todavía un hombre suspendido de un árbol, sometido al suplicio de perder sus falanges y miembros uno a uno, mientras incita su consejo amenazante: "Mátame, mátame, que si quedo vivo... Y el engaño de dejar huir unos cuantos pasos a los apresados, para tenderlos a tiros en el campo.

Todo esto lo ha visto el Teniente B y pudo referirlo una vez más.

Los Tenientes fueron a comer al Casino; pero, en un momento de despecho, pudieron ir a un restaurant, a perfeccionar el domingo.

Si hubieran ido, pongamos a El Cóndor por ejemplo, tendría ya este motivo:

Encontrarían, irremediablemente, a dos hombres del Norte, que conversaban cosas de su pueblo.

- ¡Mozo! ¡Mozo! (Esto es de los Tenientes)

Lo posterior es conocido.

Esto también, pero lo pongo:

- Ah, me encontré pues con el Antonio, adivina onde. ¡Pobrecito!

- ¿Onde?

- En el manicomio.

- ¿¡Que está de loco!?

Estar de loco, como estar de Teniente Político, de Maestro de Escuela, de Cura de la Parroquia. Se puede también estar de bruto sin mayor

sorpresa de la concurrencia.

¡Ah! Ahora que hablamos de locos, nuestro Teniente recibió una carta significativa; honda, que puede desquiciar a cualquiera. La recibió hace unos ocho días.

Estaba escrito:

Mi querido señor Teniente.

En la ciudad.

Esta tiene por objeto saludarte y saber de tu familia.

Te contaré que los sirvientes del Sol son para nada.

"Te contaré que los sirvientes del Sol son para nada". "Te contaré que los sirvientes del Sol..." ¿Qué han querido decir con esto? ¿Por qué han puesto "sirvientes"...? Es del manicomio o mis amigos están de canallas. Ja, ja.

No hace ninguna falta el menú.

Diré algo de la noche, que eriza los nervios de los desocupados. A la noche se la espera como a una visita inevitable a la que hay que hacer inclinaciones de cortesía, la que no nos dice nada, la que nos hace bostezar disimuladamente, la que es el broche de una jornada hastiante.

En efecto, la noche es vacía tras un día vacío. Como la noche se hizo para mirar las ventanas de las casas, cuando ya se ha hecho esto durante el día es de la más completa inutilidad. Obligado descanso tras el descanso.

Nueva pesadilla de lugares, nos amenaza y estaremos obligados a sufrir su representación ante nuestros ojos.

El Teniente, manos en los bolsillos, hacía tiempo hasta la hora impuesta de "no tener qué hacer".

Tal vez en espera del momento iluso en que una novedad imprimiera nuevo ritmo a la vida. La renovación no llega nunca y esta espera es una continua burla a la trama novelesca que nunca daría motivo para un libro si no se pusieran a mentir como descosidos, imponiéndose las suposiciones no como tales sino con una apariencia tal de realidad que engaña al mismo mentiroso.

Ya llega el toque de muerte. La novela realista engaña lastimosamente. Abstrae los hechos y deja el campo lleno de vacíos; les da una continuidad imposible, porque lo verídico, lo que se calla, no interesaría a nadie.

¿A quién le va a interesar el que las medias del Teniente están rotas, y que esto constituye una de sus más fuertes tragedias, el desequilibrio esencial de su espíritu? ¿A quién le interesa la re-

lación de que, en la mañana, al levantarse, se quedó veinte minutos sobre la cama cortándose tres callos y acomodándose las uñas? ¿Cuál es el valor de conocer que la uña del dedo gordo del pie derecho del Teniente es torcida hacia la derecha y gruesa y rugosa como un cacho?

Sucede que se tomaron las realidades grandes, voluminosas; y se callaron las pequeñas realidades, por inútiles. Pero las realidades pequeñas son las que, acumulándose, constituyen una vida. Las otras son únicamente suposiciones "puede darse el caso", "es muy posible". La verdad: casi nunca se da el caso, aunque sea muy posible. Mentiras, mentiras y mentiras. Lo vergonzoso está en que de esas mentiras dicen: te doy un compendio de la vida real, esto que escribo es la pura y neta verdad; y todos se lo creen. Lo único honrado sería decir: estas son fantasías, más o menos doradas para que puedas tragártelas con comodidad; o, sencillamente, no dorar la fantasía y dar entre-

tenimiento a lo John Raffles o Sherlock Holmes.

¡Embusteros! ¡Embusteros!

Pero no; no tiene importancia. Lo que quiero es dar trascendentalismo a la novela. ¡Todo está bien, muy bien, muy bien! "El arte es el termómetro de la cultura de los pueblos". "¿Qué sería de nosotros sin él, único disipador de las penas, oasis de paz para las almas?"

"Dios es un ser perfectísimo, creador y soberano Señor del Cielo y de la Tierra".

El Teniente, con las manos en los bolsillos, procuraba hacer algo por las calles, como calcular el precio de las casas y contar los sombreros hongos que se ponían a la vista.

Y una idea súbita, ya que somos seres de repetición.

"Un militar no debe llevar las manos en los bolsillos", acompañada de la reacción contra el

decaimiento inconsciente de la voluntad: la curvatura de la espalda, la combadura del pecho.
En la noche, una escondida fuerza le ha arrastrado por las calles oscuras.

Se perfila la visión de

El Placer
y los hombres de ojos brillantes

Pocos, reconcentrados, siniestros, con la mirada fija en las casas borrachas.

La borrachera de las casas es algo hondo, que no sale pero que se adivina. La constituyen las exaltaciones de adentro. Es evidente que todas ellas deben hacer una gran borrachera, revelada por la iluminación de una ventana con luz de vela o por una risa especial, conocida hasta la saciedad y que va a sacudir el anhelo. Se cree que tras esa risa irá un palmoteo en el glúteo: sonido ancho, lleno, de carnes gordas.

Las luces necesitan unas frases propias: siempre provienen de una vela chorreada, de pavesa masacotuda, y como el viento se entra por las rendijas y los entarimados, en las ventanas titilan, se agachan y gritan. Cuando la fachada está negra, por la puerta de la calle se ve una cuchillada clara en el patio fangoso: cuchillada que es fija y certera. Desaparece y aparece, conforme la puerta trague o vomite un hombre. Siempre hay alguien que espera las bascas de la puerta. Cuando por excepción no lo hay, debe ser dolorosa la inquietud de adentro.

Los que van por estas calles se agazapan en sí mismos, en espera de la hora necesaria de vergüenza. En los ojos les brilla algo. Yo tengo sobre mi mesa un búho negro, con ojos de cristal amarillo claro. Los que van por estas calles guardan entre los párpados cristales amarillo claro. Empecinados como burros cuelgan el belfo a la yerba del amor en espera del momento de la descarga del deseo.

Si no llegó el momento propicio, tendrán para rumiar su desgracia triste.

Cada ciudadano ha hecho lo mismo. ¡Pobre ciudadanía! Peor para el que no sufrió el acompañamiento que remuerde las uñas ennegrecidas por la higiene del caso.

La visita a los

Barrios Bajos

Daba la exacta significación de estos movimientos incesantes, materiales y espirituales, que dejan un sedimento en el ánimo.

Visitados por curiosidad, al fin traen el milagro del deseo, obligación en contra nuestra que nos perseguirá hasta ser satisfecha.

De un salto, los recuerdos fueron al Teniente. ¡Esas escaleras que llevan la calle afluente a una puerta negra! Escaleras características, de adobes, y sebosas por las caricias de las manos de

los chicos; derrumbadas y maltrechas; oscuras, por donde hay que subir a tientas; inquietantes porque parece que el crimen está tras la puerta; desvergonzadas, que dan al que las sube un gesto libertino y una coraza contra el asco y la suciedad. La mugre no impresionará en adelante ni hará enrojecer el encontrón improviso con la de todos; antes bien, se le dará la mano en la vía pública, por más que la categoría de Ella le haya ensuciado las medias y los salientes encajes de las enaguas. La que hizo temblar por lo flaca, por lo arrugada, por lo verdosa; que tiene un revoco de pintura, como nos dio la exaltación, se nos acostumbrará tanto que dejaremos la decencia por el sabor de mujer conocida. El sabor de la mujer conocida que nos ahonda progresivamente, haciéndonos cavilar, proyectar y encender la ilusión. De manera que vacilamos ante otra por el aviso intuitivo del fracaso y porque la primera es tan dócil que se va tras la simple guiñada; no se presenta con ella

la carga de la declaración y del trato, ¡La declaración y el trato!

Dentro está todo tan sucio y emocionante. Hay una verdadera agencia de carnes viejas. Muchas camas y muchas voces. No importa que los vecinos charlen y se rían o que haya borrachos hediondos.

- ¡Calla, bruto!

Y otras exclamaciones.

Sobre todo emocionan los niños, arrojados como trapos; dormidos, con la piel sucia al aire. Candidatos, candidatos.

Hijo de la habitación trajinada; hija de la agencia humana: tu madre te echará a la calle.

Serás ladrón o prostituta.

De hambre te roerás tus propias carnes.

Algún día te acorralará la rabia, y, no teniendo cosa más brutal que hacer, vomitarás sobre el mundo tus desechos. Estará bien que devuelvas el préstamo usurario: deyección de una deyección,

que es como el monto en las operaciones de contabilidad.

Después dirán: amor y bondad. ¿Qué amor? ¿Qué bondad?

Claro que andan por ahí oleografías santas. Es para ellas su haber de devoción. Cuando el Arcángel Gabriel y el Mártir Sebastián vayan a las traperías, daremos zapatetas. ¡Oh, daremos zapatetas! ¿Pero, por qué el mayor porcentaje de oleografías en los barrios bajos corresponde al Arcángel y al Mártir? No será por la indumentaria, ni por Lucifer, ni por el tronco del árbol. En fin, vayan a saberlo. Será porque el lunes atropellaron a un perro.

Lari, lará

El Teniente, camino de Pereira 57 (al zaguán), sintió pasos tras sí y volvió a ver: como no había nadie siguió andando con cuidado. Otros pasos...; entonces tuvo miedo. El que empieza con

la inquietud, que hace como que muerde los talones o sopla el frío a la cara. Graduándose, aumentándose, como suavizando el músculo para la cartera. ¡Qué frío! Este soplo es algo molestoso: incomoda la espalda y hace encoger los hombros.

"Yo tuve una vez un perro de aguas... En esta oscuridad no se puede ver la hora que es... Ayer de mañana un hombre se ha hecho loco... ¡Si yo me hiciera loco!" Hay aquí una descarga hormigueante que se prolonga desde la cabeza hasta las uñas.

Y cada vez eran sus piernas más ágiles. La puerta la cerró de golpe, con el último temblor, ya librado de los cuernos del diablo o de las costillas blancas del muerto.

Pero después se piensa: "Bueno, ¿y yo por qué tengo miedo?" Claro que por nada, que se sepa. Sólo que su evidencia vapuleó los muslos de manera inmisericorde y nos queda la violenta contracción cardíaca para erizarnos todavía los pelos.

Dentro parece que terminó el peligro. Sale la casaca con mucho sosiego. ¿De dónde sale la casaca? Y como la cama estaba deshecha y las sábanas estarían frías y no había allí a quién decirle:

- Hola, ¿qué es de esa vida? ¿Cómo se ha pasado el día?

y darle un beso y obtener una que otra caricia, el Teniente, que era esencialmente familiar y casamentero, empezó a dar suspiros: Caramba, si hubiera allí una mujercita.

Bueno, después de todo, en resumen, se ha hablado de la espera de la mujer. No vendrá nunca la mujer única, que conviene a nuestros intereses, que existe y que no sabemos dónde está.

La espera de la mujer

Un bostezo. Tras el bostezo, el sueño. Ahora se me viene una observación que es necesario grabarla:

El cinematógrafo es el arte de los sordomudos.

Hace algún tiempo leía un libro, lleno de frases modelos: "La iniquidad siempre triunfa sobre la bondad y la inocencia". Pobre hombre. Cómo se ve que no ha ido al Teatro.

Tengo sobre la mesa dos pipas que no se fuman.

Nubloso, como la llegada del sueño.

Voluntad de la parálisis, descendente, blanda, larga.

¡Ay! —El salto en el lecho, creyendo que se caía—.

De nuevo la voluntad de la parálisis.

Hasta la hora de la vendimia de los espíritus, cuando en la ciudad han dejado de pensar sesenta mil hombres. Cuando, en la ciudad, el silencio se ha enfundado en la inmovilidad de los cuerpos.

Cuando se ha hecho la tiniebla subjetiva.

(Así, entre paréntesis, vamos a ver el episodio)

Tentativa de seducción

acaecido al tiempo en que es más fuerte la inquietud de la soledad y en que la idea asociativa hace perder la fortaleza de hombre. Hay que tener en cuenta que esta fortaleza es inútil; la debilidad viene al fin, en todo caso, como por atracción de fuerzas contrarias.

Una mujer joven, entrada en carnes. La sobrina de la dueña de casa. La que el Teniente ha saludado tantas veces en el zaguán; se pone colorada y se le nota más el blanco de los ojos.

La tentativa está sometida a un plan. Cuando comprendió el Teniente la necesidad de la liberación de su tributo a los barrios bajos, se le ha presentado la serie de posibilidades existentes con cada una de las mujeres a quienes desearía. Y descartadas las otras por su dificultad, proyectaba

con ésta, que aunque no tenía ningún requisito ideal, la suponía más fácil.

Facilidades: ausencia de la tía; disponibilidad de ella porque de su examen externo se comprende bien claro que es boba.

Es boba, es boba, es boba.

A la casa no va nadie.

Entonces organizaba el plan. Una resolución de enamorar, sin estar enamorado, derivada de la conveniencia de que una mujer sea nuestra, sin que sea hermosa, ni menos; ya que es más conveniente que el que sea de otro.

Hay que empezar, tarde o temprano: sea esta la ocasión.

Y se sentía conquistador.

Aquí el recuerdo de que hacía algunos meses, cuando tomó su pieza de arriendo, el que le acompañaba la dijo que tenía unos hermosos ojos y ella se encendió.

Sólo faltaba el día de la visita, retardado por pereza, porque hay que salir a la calle, porque hay que ir al cinema, porque estaban sucios los zapatos, porque no había para rasurarse la barba.

Hasta que se realizó la idea, con buen ánimo, limpiándose muy bien las uñas y perfumándose la boca con chiclets.

No recuerdo si se le había pedido la visita; pero, valiente, llamaba por allí, bien atrás, después de haber atravesado muchos corredores —todas las casas son viejas.

Se le hizo entrar y tomar asiento.

Fotografías en los chineros, fotografías en las paredes, fotografías en las mesas: la madre, la abuela, la tía; el padre, el abuelo, el tío —colorados y mostachudos.

Bueno, la sobrina de esta tía soltera, ¿es sobrina?

Entró la muchacha. Un poco chola y con los pelos gruesos. La carrera de los piojos en la mitad,

y con trenzas. Sólo que era exuberante y de boca jugosa.

¡Ah, ese sombrero con que la había visto por la calle!

Pero, con todo, se charló y se charló.

- ¿Y cómo se llama su mamita?

Le salían gangosas —a ella— y campanudas las palabras, como al que no se ha sonado las narices.

Claro que la historia era triste y propicia. Contar que no se la tiene, que también murió el padre. Merecerse un silencio lánguido, y como la tarde estaba entrada, un suspiro como de té.

- Déjeme que le bese la mano.

Inocencia. Estas cosas no se deben pedir.

Es gracioso ese beso de reverencia, fugaz porque él también se había emocionado. Sobre el dorso, un poquito más arriba que en los tiempos antiguos; pero con la misma inclinación de los tiempos antiguos.

Volteando los ojos, hasta el extremo de ver la cara que ponía: Colorada, ardiendo de que le besen la mano.

Debe ser, con todo, una alegría.

Salió, sonando las espuelas.

Mi teniente, aunque esté de amor, siempre lleva espuelas.

Deficiencias y características de la primera sesión:

La distancia. La primera sesión adopta una distancia; por falta de intimidado por miedo de que nos vean la verdad. No se alcanza a creerlas tan sencillas que no puedan sorprender lo que parece que se lleva escrito. Y cuando se les examina los ojos se tiene la imperiosa necesidad de ponerles un biombo a los nuestros, hasta poderlos cubrir decentemente. El de la soledad es magnífico: en todas partes he leído que se lo confiesa: "yo estoy solo", "tú estás sola". Es una conjugación artera y socarrona. Atrincherados, en espera del

blanco para el ataque. La distancia, como es fría, es inconveniente; pero no puede suprimírsela en los prolegómenos.

Aunque tiene la ventaja de facilitar la tristeza.

La voz campanuda afloja las fuerzas; pero, después de todo, poco importa.

Si ante esa puerta abierta no pasara continuamente la mujer hoyosa de viruelas. Es el cancerbero molesto, con cara celosa como de perro. Hubo grandes silencios, predisponentes o embarazosos. Bueno es el silencio en una visita de amor...

Pero curiosa esta resolución que fijó de antemano la orientación de los hechos, y la hemos formado infinidad de veces, para congratularnos interiormente del buen éxito y si no hacerle un gesto oblicuo al mal momento.

Es boba, con el agravante de la comprobación.

Nos inclinamos a no volver, como si hubiéramos sido defraudados. Pero ata algo igual a un

compromiso. Me dijo un amigo de otro tiempo: "Una declaración tiene enormes responsabilidades. Figúrese usted la ilusión que podríamos dejar en una mujer a quien hicimos vislumbrar un afecto". Esto puede ser verdad. Tal vez, mejor, pudo serlo.

Y no lo olvidamos.

Al otro día se la encontrará con los ojos en la labor doméstica.

Seguramente estaba esperando.

Fue esta sesión más cordial que la primera. De mayor intimidad. Y ahora me he puesto a pensar si la intimidad establecida de una visita a otra fue obra de presencia o, mejor, de la ausencia, del intervalo entre las dos que pudo haber sido llenado por la meditación y el riguroso examen de las ventajas y desventajas que implica una amistad.

Sea esto o aquello, hay nuevos lazos tendidos entre los protagonistas. Se dio los primeros pasos hablando de los hombres. ¡Ah, los hombres!, como

dicen las muchachas bobas; y como siempre se tiende a la exclusión de la regla, les satisface la galantería. Tienen por delante la probabilidad de la aventura nupcial, primordial idea, a la que no dejan de dar tributo.

- Mi madre se llamó como usted; es un nombre dulce y me suena bien, como que es un recuerdo.

Después vendrá el remordimiento de haber mezclado a la madre en un negocio canalla.

Ella se lo agradecía y había que acercar la silla y tentar un rozamiento de sus brazos gordos. Una emoción que se propaga hasta el temblor de las manos. El temblor de las manos en un enamoramiento parece que perdonara la mentira; este exceso nervioso tiene el tinte de una sinceridad virtual.

Y como no retiraba los brazos, buscaba ya las suavidades del cuello.

- Déjeme que la bese.

-Ah, no, no; en la boca, no: nadie me ha besado hasta ahora.

Casi emocionaba la idea de besarle las manos. ¡En las manos sí! Ja, ja.

Pero como eso no hay que pedir…

¡Ya!

Le ardían las mejillas y al cabo le tendió la boca. Le tendió la boca como se enseña la taza para que nos pongan el té.

-Nadie me ha besado hasta ahora; le juro que es usted el primero.

Es una frase que se riega, la mayor parte de las veces, como si se hubieran llenado las fauces. La dicen a boca llena y no se las cree, aunque sea verdad.

Siempre están esperando:

- ¡Ah, sí? Entonces me caso con usted.

Y la emoción es capaz de dar con ellas en tierra.

Como no dijo aquello queda suspendido el silencio como una duda.

Así termina, desequilibrada, la segunda sesión: pero Ella se cuelga de la esperanza y, como una promesa, le ubica la súplica del regreso.

Al tercer día hay de por medio una ocupación para que se le pregunte: "¿Por qué no ha venido?", y se dude, y se lastime el capricho.

Ya dentro de la intimidad, el nerviosismo de las manos vaga por el cuello y avanza hasta la atrevida caricia de los senos, aunque se defienda y arda como la tinta roja de escribir novelas.
Si no fuera preciso que esté esa puerta abierta, por donde llegan las voces de los inquilinos de abajo y los gritos de los chicos...

- Aquí nos pueden ver.

- Sí, es cierto; las cosas que pueden creer...

- Oye, ¿quieres hacer una cosa? Veámonos en otra parte.

- No; eso no. ¿Qué quieres conmigo? Eso no lo creas; si quieres, ven acá.

Bueno, caramba. Se ha imaginado que... Si hubiera un poco de paciencia…

- Sabes... no seas así…

(Sigue el lugar común de la discusión).

Precipitado, o poco hábil, o acostumbramiento de la simplicidad del guiño. ¡Qué mal va!

La falta de otro día.

Además la había visto en el cuarto de un antiguo inquilino. Derecho de antigüedad o parentesco. Esto no es lo peor.

Por desilusión le hará la mueca amarga del engañado, del que tiene adentro una pesadumbre. Hasta que algún día vendrán con su domingo siete:

"Manda a decir que la mesa que tiene usted la han manchado poniendo vasos, y que como no se la dieron así, y que como no es de la casa sino prestada, es su obligación mandarla a charolar".

(Vaya, vaya).

Teniente

Tu muerte repentina da un corte vertical en la suave pendiente de los hechos, de manera que en este brumoso deslizamiento me detengo y veo la noche.

Débora está demasiado lejos y por eso es una magnolia. Habríamos ido a verla.
Débora: bailarina yanquilandesa. Dos ojos azules. Sabía dar a los brazos flexibilidades de cuellos de garza.

Imagino que tiene un lejano sabor de miel.

Y por temor a corromper ese recuerdo guardo tu ridículo yo. Todos los hombres guardarán un momento su yo para paladear el lejano sabor de Débora, la que luchará por volver al espíritu cada vez más desmayadamente y a más largos intervalos, como un muelle que va perdiendo fuerza.

En este momento inicial y final suprimo las minucias y difumino los contornos

d e u n s u a v e c o l o r b l a n c o